



Bethlehem Ministry
OF THE ASSEMBLIES OF GOD

**COMUNIÓN Y
FAMILIA I**

**PRESENTES
Y
DISPONIBLES**



*“Bienaventurado aquel que teme al Señor y
anda en sus caminos.
Pues comerás del trabajo de tus manos; feliz
serás, y te irá bien.
Tu mujer será como vid fructífera a los lados
de tu casa; tus hijos como plantas de olivo
alrededor de tu mesa.”*

Salmo 128:1–3

BOLETIN 661 - ESTUDIO 801
23 a 27 de marzo de 2026

INTRODUCCIÓN

Cuando pensamos en una familia relevante, imaginamos padre, madre e hijos compartiendo la vida. Visualizamos conversaciones que forman carácter, que transmiten valores bíblicos, decisiones tomadas en conjunto, afectos expresados en la vida cotidiana. Pensamos en una casa que no es solo refugio físico, sino espacio de formación espiritual y emocional.

Sin embargo, la experiencia contemporánea revela una tensión creciente entre estructura y esencia.

Nunca se ha construido tanto y, paradójicamente, nunca ha sido tan necesario reaprender a construir correctamente.

Nunca hemos tenido casas tan cómodas y tantos recursos. Nunca hemos tenido tantas herramientas para la comunicación, pero al mismo tiempo nunca hemos tenido tantas familias emocionalmente distantes y desconectadas.

La pregunta que necesitamos hacer es: — *¿Qué está faltando dentro de nuestras casas?*

Las Escrituras presentan la casa no solo como un edificio, sino como un proyecto divino. Desde los relatos iniciales del Libro del Génesis, la formación de la familia aparece

como parte del propósito creacional de Dios. La unión de hombre y mujer, la transmisión de la vida y la formación de la descendencia no son meros fenómenos sociales; son desdoblamientos del orden establecido por el propio Creador.

No obstante, las mismas Escrituras también revelan que aquello que nace de Dios necesita permanecer dependiente de Él. El hogar no se sostiene solo por capacidad administrativa, competencia profesional o prudencia financiera. Exige fundamento espiritual.

Es en este punto donde el Salmo 127 se vuelve decisivo:

Salmos 127:1

Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el centinela.

Este salmo, tradicionalmente asociado a la sabiduría de Salomón, pertenece a la tradición sapiencial de Israel.



No niega el valor del trabajo — por el contrario, presupone que hay trabajadores y que hay centinelas. El problema no es el esfuerzo humano, sino su autonomía. El texto denuncia la pretensión de autosuficiencia. La expresión “*en vano*” apunta a algo transitorio, inconsistente, sin permanencia duradera. Es posible invertir energía, tiempo y recursos y, aun así, construir algo frágil. La crítica del salmista no es contra la construcción, sino contra la construcción sin Dios.

Aplicado al contexto familiar, esto significa que la organización, la estabilidad y la planificación son importantes, pero insuficientes. Cuando el Señor no es el fundamento, el esfuerzo se vuelve exhaustivo y el resultado inestable.

Antiguamente, muchas parejas comenzaban la vida sin muchos recursos y sin gran estructura. Construían todo juntos a lo largo del camino. Hoy vivimos días en que muchos jóvenes se preparan financieramente antes del matrimonio, establecen metas y planifican cada detalle con responsabilidad. Esto revela prudencia. Sin embargo, la búsqueda intensa de seguridad material puede, muchas veces, sofocar el tiempo necesario para

desarrollar madurez relacional y profundidad en los vínculos.

Así surgen situaciones paradójicas dentro del hogar:

- Personas que, en el futuro, se convierten en extraños viviendo en la misma casa, porque los vínculos son frágiles.
- Casas cómodas, pero familias emocionalmente distantes.
- Todo bien planificado y organizado, pero espiritualmente viviendo en la superficialidad.

La familia no se sostiene solo por provisión; necesita dirección. Esa dirección nace de la armonización entre dos dimensiones fundamentales: *el altar*, que establece el eje vertical de la relación con Dios, y *la mesa*, que fortalece el eje horizontal de las relaciones familiares.

PRESENTES Y DISPONIBLES

La crisis de la familia moderna no se resume a la ausencia física, sino a la ausencia relacional.

Estar presente no significa estar disponible. ***Presencia es geográfica; disponibilidad es afectiva.*** Se puede compartir el mismo espacio y, aun así, no compartir la vida.

La sociedad contemporánea valora la productividad, el desempeño y los resultados. Los padres trabajan largas jornadas para ofrecer mejores condiciones a los hijos.

Las parejas se esfuerzan por mantener estabilidad financiera. Los hijos crecen rodeados de oportunidades educativas y tecnológicas. Sin embargo, la intensidad de las demandas externas frecuentemente erosiona el tiempo interno de la familia.

La Escritura presenta la formación espiritual como una responsabilidad cotidiana que debe vivirse en el seno de la familia.

En Deuteronomio leemos:

Deuteronomio 6:6–7

Estas palabras que hoy te ordeno estarán en tu corazón; y las enseñarás a tus hijos, y hablarás de ellas estando sentado en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte y al levantarte.

El texto presupone convivencia. Presupone tiempo compartido. Presupone diálogo constante. La transmisión de la fe no ocurre solo en momentos formales, sino en la rutina y en las dinámicas de la casa.

Cuando la familia pierde la práctica del diálogo intencional, pierde también el espacio natural de discipulado y formación espiritual.

La fe pasa a ser tercerizada a la iglesia, al culto, al domingo. Sin embargo, la Escritura apunta a un modelo en el que el hogar es el primer ambiente formador.

El propio Salmo 127 conecta construcción y guarda.

Salmos 127:1

*Si el Señor no **edifica** la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no **guarda** la ciudad, en vano vela el centinela.*

Construir es establecer; guardar es preservar. Muchos construyen estabilidad, pero no preservan vínculos. Muchos ofrecen provisión, pero no cultivan cercanía.

Antiguamente, la escasez material no impedía la convivencia; hoy, la abundancia de recursos puede dificultarla. No se trata de idealizar el pasado, sino de reconocer que la intimidad exige intencionalidad y disponibilidad.

La dispersión de la atención se ha



convertido en uno de los principales desafíos contemporáneos. La tecnología, aunque útil, frecuentemente fragmenta el tiempo familiar.

Cada miembro se ocupa de su propio universo, incluso estando bajo el mismo techo. El resultado es una presencia vaciada de comunión.

Y es precisamente aquí donde se evidencia la urgencia de restaurar los fundamentos bíblicos del hogar. Como ya se ha dicho, la familia necesita un eje vertical, el altar, que la conecte con Dios. Y necesita un eje horizontal, la mesa, que fortalezca los lazos relacionales internos. Sin esa integración, la casa puede permanecer en pie estructuralmente, pero fragilizada espiritualmente.

Entre el altar y la mesa se encuentra el espacio donde la fe deja de ser teoría y se convierte en práctica diaria.

EL ALTAR – El punto donde la Tierra toca el Cielo

El altar, en las Escrituras, siempre representó el lugar de encuentro entre Dios y el Hombre. No era solo una estructura de piedras; era el punto donde la Tierra tocaba el Cielo.

En Génesis 8:20, después de salir del arca, Noé edificó un altar al Señor. Antes de construir una casa para sí mismo, construyó un lugar de adoración. Esto revela un principio eterno: el altar viene antes que la estructura. La familia no comienza en la mesa, comienza en el altar.

En Génesis 12:7, cuando Dios aparece a Abraham en Siquem y reafirma la promesa, el texto dice que él edificó allí un altar al Señor. Poco después, entre Betel y Hai, vuelve a levantar un altar e invoca el nombre del Señor (Génesis 12:8). Después del período en Egipto, regresa al lugar donde antes había hecho el altar, y allí invoca, nuevamente, el nombre del Señor (Génesis 13:3–4). Más tarde, en Hebrón, en los encinares de Mamre, vuelve a edificar otro altar al Señor (Génesis 13:18).

El altar era el centro de la vida de Abraham. Promesa recibida, altar levantado. Crisis enfrentada, altar restaurado. Dirección recibida, altar establecido. El altar era señal de prioridad, consagración y dependencia.

El altar, por lo tanto, es el lugar de la entrega. En Éxodo 20:24–25, Dios ordena que el altar fuera hecho de piedras simples, no labradas, para que no hubiera gloria humana. Esto nos enseña que el altar no trata de apariencia, sino de obediencia. En la familia, el altar representa la vida espiritual activa: oración, Palabra, dependencia de Dios, decisiones tomadas bajo el temor del Señor.

Josué 24:15

“Yo y mi casa serviremos al Señor”.

Esto no es solo una declaración; es la definición de un altar doméstico.

Pero cuando llegamos al nacimiento de Isaac, percibimos un cambio interesante. Génesis 21:5 declara que Abraham tenía cien años cuando Isaac nació. La promesa que esperó cerca de veinticinco años finalmente se cumplió. En Génesis 21:8 está escrito que Abraham hizo un gran banquete el día en que Isaac fue destetado. Culturalmente, esto ocurría alrededor de los dos o tres años de edad del niño. La celebración era legítima. La promesa había llegado.

Poco después, en Génesis 21:33, el texto afirma que Abraham plantó un bosque en Beerseba e invocó allí el nombre del Señor, el Dios eterno. Aquí no vemos mención de un altar de piedras, sino de un bosque plantado.

El bosque habla de estabilidad, permanencia, sombra. Abraham ahora no es solo un peregrino; está establecido. Tiene un hijo, alianzas firmadas (Génesis 21:22–24) y reconocimiento social.

No hay pecado en el bosque ni en el banquete. El problema surge cuando la estabilidad sustituye la intensidad del altar. Mientras esperaba al hijo, Abraham levantaba altares continuamente. Después del nacimiento, la narrativa bíblica guarda silencio respecto a la construcción de nuevos altares hasta Génesis 22.

Entonces, en Génesis 22 Dios prueba a Abraham:

Génesis 22:1–2

“Toma ahora a tu hijo, tu único hijo, Isaac, a quien amas... y ofrécelo allí en holocausto”.

Dios pide exactamente aquello que representaba el cumplimiento de la promesa.



¿Por qué Dios pide a Isaac? Porque ninguna promesa puede ocupar el lugar de la presencia de Dios. Dios no comparte el altar.

En Génesis 22:9, Abraham edifica nuevamente un altar. El altar reaparece en el momento de mayor tensión. El texto muestra que Isaac sube al monte cargando la leña (Génesis 22:6) y pregunta:

Génesis 22:7

“Aquí están el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero?”

Isaac participa del proceso. No es un espectador; es integrado en el altar. La historia de Isaac también nos enseña que los niños deben ser integrados al altar. Para que la próxima generación entienda la importancia del altar en nuestras vidas, esta verdad debe enseñarse de forma vivencial.

Proverbios nos recuerda:

Proverbios 22:6

“Instruye al niño en el camino en que debe andar”.

Esta instrucción debe trascender lo verbal y manifestarse en cada aspecto del día a día, creando un patrón de vida que busque la presencia de Dios.

Actualmente, es fundamental volver a los altares en nuestros hogares.

La disponibilidad emocional no se limita a estar presentes físicamente; debe incluir disponibilidad emocional y espiritual. Para ello, es necesario apagar dispositivos, abrir espacio para el diálogo y hacer que la oración y la adoración sean partes activas de la vida familiar. Restaurar la vida del altar en nuestros hogares significa que no basta con estar presentes; necesitamos estar íntegros. Este retorno reavivará las conexiones que nos sostienen, transformando nuestras casas de meras direcciones en hogares llenos de la presencia de Dios. La verdadera transformación comienza cuando reconocemos que la calidad de nuestra disponibilidad es lo que realmente fortalece a una familia.

MESA: La mesa es donde el Cielo toca a la familia

Si el altar es el lugar donde la Tierra toca el Cielo, la mesa es el lugar donde el Cielo toca las relaciones humanas y espirituales. *La mesa* en la Escritura no es solo un detalle de la vida cotidiana, sino un símbolo profundo de comunión, identidad y formación.

Desde los muebles sagrados del tabernáculo hasta *la mesa* del Señor en el Nuevo Testamento, la presencia de la mesa revela que Dios desea no solo nuestro culto, sino también nuestra convivencia.

Cuando Dios ordena: *“Harás también una mesa”* (Éx 25:23), establece que el lugar del alimento también debe ser lugar de la presencia. La continuación del texto dice: *“Pondrás sobre la mesa los panes de la Proposición para que estén continuamente delante de mí”* (Éx 25:30). Aquellos panes llamados *“panes de la Proposición”* hablan de algo mucho más allá del alimento. Representan permanencia, cercanía y relación constante. No era una provisión aislada; era comunión continua.

A lo largo del Antiguo Testamento, la mesa también es espacio de restauración y honor. Cuando el rey David llama a Mefiboset y le dice: *“Tú comerás siempre a mi mesa”* (2 Sm 9:7), no está solo invitándolo a una comida. Está devolviéndole dignidad, pertenencia e identidad. Esto nos muestra que la mesa es un ambiente relacional y no solo funcional. De la misma manera, el salmista declara: *“Preparas mesa delante de mí en presencia de mis adversarios”* (Sal 23:5). Aquí la

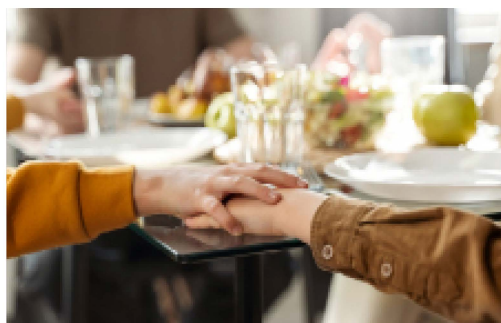
mesa se convierte en símbolo del cuidado y la seguridad de Dios, incluso en medio de la oposición.

En el Salmo 128, el cuadro familiar está fuertemente ligado a la mesa:

Salmos 128:3

“Tu mujer será como vid fructifera a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa.”

La vid fructifera habla de alguien que no solo existe, sino que produce fruto. La vid que da fruto es aquella que ha sido cuidada, cultivada y regada. La imagen de los hijos como brotes de olivo nos muestra que su crecimiento ocurre alrededor de la mesa, donde hay convivencia. La mesa es el centro de esa formación. No es un lugar de prisa ni de silencio aislado. Es un lugar de cercanía. En el Nuevo Testamento la mesa adquiere un significado aún más profundo. Jesús frecuentemente enseña en la mesa. Él come con pecadores



y marginados, mostrando que la gracia se manifiesta en el encuentro (Lc 5:29–32).

Instituye la Nueva Alianza reclinado a la mesa con sus discípulos (Lc 22:19, 30–31). La mesa se convierte entonces en un lugar de revelación, enseñanza, comunión y pacto. La mesa no es solo social; es espiritual.

La Iglesia Primitiva entendió esto de forma práctica, pues “*partían el pan de casa en casa*” y perseveraban en la comunión (Hch 2:46). Esto significa que la fe no estaba confinada al templo, sino que penetraba la rutina doméstica. La mesa se convertía en una extensión de la vida espiritual. Y esto también encuentra resonancia en la investigación contemporánea.

Diversos estudios recientes en el área de la psicología familiar y de la sociología de la religión señalan que las familias que comparten comidas regulares experimentan beneficios significativos. Una investigación publicada en la revista *American Psychological Association* demostró que las comidas familiares frecuentes están asociadas con mayor bienestar emocional, mejor rendimiento académico de los hijos y menores

índices de comportamientos de riesgo. Entre los beneficios observados se encuentran la mejora en la comunicación familiar, mayor sentimiento de pertenencia y menor tasa de depresión juvenil. Otro estudio publicado en el *Journal of Marriage and Family* identificó que el acto de comer juntos fortalece los lazos afectivos porque crea un ambiente natural para el diálogo, la expresión de sentimientos y la formación de valores. Entre familias que comen juntas con frecuencia y aquellas que no lo hacen, el efecto sobre la relación es similar a lo que la Biblia describe como intimidad y cercanía. Estas evidencias científicas solo confirman lo que la Biblia ya enseña: que la convivencia regular e intencional produce vínculos fuertes.

Sin embargo, vivimos en un tiempo en que la mesa cristiana muchas veces ha sido desplazada a un segundo plano. El ritmo acelerado de la vida, las múltiples agendas, las distracciones tecnológicas y las presiones externas fragmentan el tiempo familiar.

Así como la parábola del sembrador advierte que las preocupaciones de la vida ahogan la buena semilla (Mc 4:19), de la misma manera la atención dispersa puede ahogar los vínculos familiares. La presencia física por sí sola no es suficiente. Lo que transforma la casa es la presencia disponible, y no solo la presencia geográfica. La mesa restaurada como espacio de escucha, convivencia y compartir devuelve identidad a la familia. No es solo un lugar para comer, sino un lugar para escuchar historias, compartir sueños, aclarar dudas y fortalecer lazos. La formación del carácter no ocurre solo en momentos solemnes, sino en diálogos simples y repetidos en la rutina diaria. La instrucción bíblica ocurre no solo en discursos formales, sino en el contexto de la vida (Dt 6:6-7). Y la mesa es uno de los ambientes más naturales para esa formación.

Si el altar nos conduce verticalmente hacia Dios, la mesa nos acerca horizontalmente unos a otros. El altar cultiva dependencia espiritual, pero la mesa cultiva responsabilidad relacional. El altar establece dirección. La mesa establece identidad. Cuando altar y mesa funcionan juntos, la fe deja de ser teoría y se convierte en experiencia diaria, y la casa deja de ser solo

una estructura para convertirse en un ambiente de presencia. Cuando hay mesa activa, hay formación. Cuando hay diálogo, hay crecimiento. Cuando hay comunión, hay fortalecimiento. Entre el altar y la mesa, la familia encuentra su equilibrio espiritual, pues allí la presencia de Dios se manifiesta tanto en la adoración como en la convivencia, y es en ese espacio donde la fe se vuelve viva dentro del hogar.

CONCLUSIÓN

Para concluir, necesitamos entender que el altar y la mesa son mucho más que un mueble dentro de la casa; son fundamentos del hogar. Representan algo muy profundo en la vida de la familia.

El altar habla de nuestra relación con Dios. Se expresa en el culto doméstico, en las oraciones, en la búsqueda de la presencia del Señor, en la entrega y en la adoración. Es



en el altar donde la familia aprende a depender de Dios, a buscar dirección y a alinear sus decisiones con la voluntad del Señor. Cuando el altar deja de existir dentro del hogar, no perdemos solo un hábito espiritual; también perdemos la fuente de sabiduría y los principios que orientan la vida de la familia.

Pero la casa no se sostiene solo por el altar. También necesita la mesa, porque la mesa es el lugar de la comunión. Es allí donde la familia se encuentra, conversa, comparte la vida y construye recuerdos. No es solo un lugar para comer; es un espacio donde se comparten sueños, desafíos, alegrías y valores. Muchas veces es alrededor de la mesa donde los hijos aprenden lecciones que llevarán consigo toda la vida. Así como el altar sostiene la vida espiritual de la casa, la mesa fortalece los vínculos que mantienen unida a la familia.

Cuando estas dos dimensiones caminan juntas —*el altar y la mesa*— la presencia de Dios encuentra espacio para habitar dentro del hogar. La fe deja de ser solo un discurso y pasa a formar parte de la vida diaria de la familia.

La invitación de Dios es precisamente esta: que nuestras casas se conviertan en lugares de

comunión con Él y también de comunión unos con otros. Por eso, no basta con comprender estos principios; es necesario ponerlos en práctica.

En el próximo estudio, especialmente en el momento práctico que tendremos, reflexionaremos sobre maneras simples y reales de restaurar el altar y la mesa en nuestras casas. Aprenderemos cómo transformar momentos comunes del día a día en oportunidades de adoración, diálogo y crecimiento espiritual.

Que, al caminar en este proceso, nuestros hogares dejen de ser solo lugares donde vivimos y se conviertan, de hecho, en ambientes donde la presencia de Dios sea percibida y vivida en cada relación.

***Pr. João Leno / Lisboa, Portugal
Comisión Temática de la Familia***

BIBLIOGRAFIA

- BÍBLIA SAGRADA. *Almeida Revista e Corrigida*. Barueri: Sociedade Bíblica do Brasil.
- CLARKSON, Sally. *Lar que Transmite Vida*. São Paulo: Editora Mundo Cristão.
- MCDOWELL, Josh. *Deixe-me Contar a História de Deus*. São Paulo: Editora Mundo Cristão.
- SCHAEFFER, Edith. *A Arte Oculta de Fazer um Lar*. São Paulo: Editora Cultura Cristã.
- THOMPSON, Jeremy. *Listas Bíblicas e Teológicas*. Bellingham, WA: Faithlife Corporation.
- TITUS, Devi. *A Experiência da Mesa*. Belo Horizonte: Editora Getsêmani.
- WHITNEY, Donald S. *Adoração no Lar: Family Worship*. São Paulo: Editora Fiel.
- FAITHLIFE CORPORATION. *Logos Bible Software*. Bellingham, WA.



Bethlehem Ministry of the Assemblies of God

United States

- . California
- . Florida
- . Georgia
- . Hawaii
- . Illinois
- . Maryland
- . Massachusetts
- . Mississippi
- . Nebraska
- . North Carolina
- . Ohio
- . Pennsylvania
- . South Carolina
- . Texas
- . Utah
- . Virginia
- Washington, DC
- . Washington State

Europe

- . Austria
- . Bangladesh
- . Belgium
- . Czech Republic
- . Denmark
- . France
- . Germany
- . Ireland
- . Italy
- . Luxembourg
- . Holland
- . Portugal
- . Spain
- . Sweden
- . Swiss
- . United Kingdom

Asia

- . Bangladesh

Oceania

- . Australia
- . New Zealand

Caribe

- . Haiti

Africa

- . Mozambique

